

MUJERES AYMARAS E INSERCIÓN LABORAL

Ana María Carrasco Gutierrez*

* Antropóloga. Universidad
de Tarapacá de Arica.
Correo electrónico:
anycarrasco@gmail.com.

La finalidad de este estudio es conocer las características que asume el proceso de inserción laboral de la mujer aymara en la I región de Tarapacá, tanto en el campo como en la ciudad; rescatando particularmente aspectos sociales y culturales específicos a su condición de mujer e indígena.

Palabras claves: Genero - Inserción laboral - Norte Grande.

(1) Según el último censo de 1992 alcanzarían una población de 48.477 personas en todo el país.

De acuerdo a la misma fuente, la población aymara mayor de 14 años en la Primera Región sería de 15.461 personas, de las cuales 11.671 se encontraría en los sectores urbanos y 3.790 en el área rural.

Sin embargo, dado que la pertenencia étnica se formuló por autoadscripción, las cifras censales esconden subdeclaración, ya que contra la autoasunción de indígena conspira un ambiente que discrimina esa condición. De hecho, otros estudios han planteado la existencia de una población aymara cercana a los 30.000 (van Kessel; 1985) o a las 40.000 personas (González, H; 1993) para la región de Tarapacá, lo que de acuerdo a nuestra experiencia parecen cantidades más ajustadas.

The objective of this study is to learn about the process of Aymara women from Tarapaca's first region entering the workforce, both in the fields and in the city. The paper will focus on the social and cultural aspects specific to being women and being indigenous.

Key words: Gender - Entering the workforce - North of Chile.

INTRODUCCIÓN

Los aymaras chilenos son el segundo grupo étnico más importante del país⁽¹⁾. Los procesos de modernización y las transformaciones internas que, en las últimas décadas, han afectado su economía, su sociedad y su cultura han originado fuertes procesos migratorios hacia las ciudades de Arica e Iquique y, dentro del mismo sector rural de la I Región, hacia áreas agrícolas económicamente más dinámicas.

El crecimiento demográfico, la limitada capacidad de sostenimiento en un medio árido o de alta montaña, las expectativas educacionales generadas por los procesos de modernización, la atracción ejercida por el empleo en centros urbanos o rurales más dinámicos, han provocado el surgimiento de distintas estrategias familiares, tales como articulación de distintos espacios geográficos, la instalación en otros sectores y, últimamente con mayor fuerza, la incorporación femenina al trabajo remunerado fuera del hogar.

Dado que para este pueblo los procesos migracionales hacia las ciudades son relativamente recientes y que el fenómeno de la incorporación del sector femenino al trabajo remunerado lo es aún más, la inserción de la mujer aymara al empleo es todavía una historia marcada por la migración, por el enfrentamiento entre el bagaje cultural aprendido en sus comunidades de origen y el que encuentran cuando se instalan en un medio extraño y, muchas veces, discriminatorio hacia su proveniencia étnica.

El fenómeno de la creciente incorporación de la mujer al trabajo remunerado, si bien está presente en todo el país, especialmente en épocas de crisis y en los estratos de más bajos ingresos, en el caso particular aymara reviste características especiales. Para ellas, además de la situación de clase y la posición de género, dado su origen étnico, es necesario considerar la variable cultural en el análisis de su inserción al mundo del empleo.

En las líneas siguientes se intenta, a grandes rasgos, rescatar esta especificidad a través del aporte a un mayor conocimiento de la realidad que viven las mujeres aymaras que desempeñan trabajos remunerados en el campo y la ciudad.

CARACTERÍSTICAS DE LA INSERCIÓN LABORAL DE LA MUJER AYMARA

La evolución del empleo en Chile, durante los últimos 30 años, muestra una creciente incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo. La mujer aymara no escapa a esta tendencia general, compartiendo con el resto del sector femenino -por su posición de género- muchas de las particularidades que reviste este fenómeno.

No obstante, dado su origen étnico, la incorporación de la mujer aymara al trabajo remunerado supone difíciles procesos de adaptación, especialmente en los mercados laborales urbanos, donde la experiencia rural previa sirve poco y, por el contrario, puede resultar “culturalmente” desventajosa si se incorpora a ocupaciones desconocidas o encuentra un ambiente social que estigmatiza su proveniencia indígena.

Además, por tratarse de procesos de data relativamente reciente, para la mayoría de las mujeres aymara, la incorporación al trabajo remunerado sigue siendo la historia del acomodo migracional a medios y ocupaciones extrañas, para las que están menos preparadas que los hombres, que presentan mayores

niveles educacionales y un mejor manejo y experiencia en las relaciones con el exterior.

1. Condicionantes estructurales de la migración

Desde los años sesenta las comunidades aymaras del interior de la I Región han sufrido fuertes transformaciones en su modo de vida tradicional. En esta situación ha tenido una gran incidencia la intervención estatal con la inauguración de redes camineras, la ampliación de la escuela nacional, la instalación o reforzamiento de destacamentos policiales, la realización de proyectos de desarrollo agropecuario o de otros tipos y, últimamente, la creación de municipios rurales.

Dentro de este contexto, en las comunidades se observa un creciente proceso de mercantilización de las economías familiares y de monetarización de sus patrones de consumo por la incorporación de bienes de proveniencia externa. Los cambios socio-económicos y los procesos de modernización que han afectado a las comunidades se han traducido en una pauperización de sus economías campesinas y en la adopción de patrones y valores de influencia urbana, que afectan no sólo el consumo de bienes, sino también la presión por servicios como salud, vivienda, equipamiento comunitario y, principalmente, educación.

Sin embargo, hasta ahora no han podido satisfacer su demanda por mejorar sus condiciones de vida y expectativas de modernización en el mismo medio rural, ya que a la mayoría de ellos no se lo permite la débil monetarización de su producción campesina. Por otra parte, las condiciones de aridez y de altura que caracterizan el medio en que se ubican las comunidades y desarrollan sus actividades agropecuarias, limitan la capacidad de sostenimiento poblacional y, más aún, las tendencias de crecimiento demográfico que se acentúan en las últimas décadas. De esta manera, se han desencadenado fuertes procesos de expulsión migracional hacia las ciudades o áreas rurales económicamente más atractivas.

No obstante, lo anterior no ha significado un abandono de bienes y pertenencias en las comunidades de origen, así como tampoco de las ligazones afectivas o culturales que siguen uniéndolas a ellas. Más bien, se ha producido un proceso de recomposición por el cual las familias pueden articular, de manera temporal o permanente, su presencia en distintos espacios geográficos

(2) Algunos estudios han calculado que aproximadamente dos tercios de la población aymara de la I Región se encuentra instalada en las ciudades de Iquique y Arica (González, H; 1993). De acuerdo al censo de 1992, un 75,5 % de la población mayor de 14 años de la región que se autoadscribe como aymara pertenecen a los sectores urbanos.

(3) En el altiplano la economía campesina está orientada principalmente a la ganadería de camélidos y ovinos. A ella se agrega en ciertos sectores el cultivo de quinoa, papas y ajos. En valles precordilleranos, la producción es principalmente agrícola (alfalfa, orégano, ajo y otros rubros destinados al autoconsumo), ocupando la ganadería (ovinos) un lugar de menor importancia. La apropiación y el acceso a los principales factores productivos combina formas colectivas e individuales. Las tierras de pastoreo, son controladas colectivamente y se asignan tradicionalmente por línea paterna. Para las tierras agrícolas se observa un patrón de tenencia individual y bilineal, aunque normalmente son los hijos varones los que tienen un mayor acceso. En el caso de los animales, se observa un sistema de propiedad individual; hombres y mujeres poseen su propio ganado.

y en diversas actividades, entre los que se incluye la ciudad y el trabajo femenino remunerado.

Los desplazamiento temporales y permanentes se han convertido en un medio, no sólo para generar ingresos en dinero para la economía familiar, sino también, especialmente entre los más jóvenes, para entrar en contacto con ambientes urbanos o más cercanos a la modernización. La migración temporal en busca de trabajo en ciudades o valles se ha transformado en una estrategia habitual de generación de ingresos familiares. En general, además, también funcionan como una suerte de iniciación a la vida en medios urbanos, como una experiencia que posteriormente les será de utilidad si se transforman en migrantes definitivos.

La situación ha cambiado para el pueblo aymara chileno. En la actualidad, la mayor parte de la población aymara se encuentra asentada en las ciudades costeras o en las áreas rurales agrícolas más dinámicas de la I Región⁽²⁾. Las causas que gatillan las migraciones permanentes son variadas. Las principales, por cierto, tiene que ver con las condiciones económicas de los grupos familiares en sus localidades de origen. De hecho, en la mayoría de los casos se trata de personas que provienen de hogares campesinos pobres. Para todos, las expectativas fuera de sus lugares de origen se manifiestan en términos de escalamiento social, vía ingresos o educación.

2. La mujer en el medio rural

Una de las principales consecuencias iniciales del proceso de modernización en las comunidades aymaras del interior de la I Región fue la recomposición del trabajo familiar. Los hombres, aparte de tareas productivas⁽³⁾, asumieron actividades comerciales y de transporte y se hicieron cargo de las relaciones con el aparato administrativo y con el exterior en general. Las mujeres, en tanto, permanecen en sus localidades dedicadas, aparte del trabajo doméstico, al pastoreo de animales y labores agrícolas, a la producción artesanal textil y, en algunos casos, la realización de ciertas actividades comerciales en el ámbito local (como venta de comida, artesanías o mercancías en las ferias fronterizas o en sus comunidades).

El escaso dominio femenino de la esfera pública se puede explicar porque generalmente fueron los hombres los encargados de las relaciones con el exterior, pero también por los bajos niveles de escolaridad que presentan las mujeres respecto de los varones. Los hombres adultos tienen una

(4) Aunque durante los últimos años se ha producido un acortamiento de la distancia promedio del nivel educacional entre ambos sexos en los estratos de edad más jóvenes, de todas maneras la brecha sigue siendo significativa en términos generales.

(5) Una encuesta sociolingüística realizada en la zona altiplánica y precordillerana norte de la I Región, muestra que el 82 % del total de monolingües son mujeres y que ese sector femenino es el que, en términos generales, mantiene y utiliza en mayor medida la lengua aymara (Gundermann, H; 1989).

(6) Los principales focos de atracción migracional, aparte de las ciudades costeras, en especial Arica, son los valles de Lluta, Azapa y Camiña, además de los oasis de Pica y Matilla.

(7) Parte de la información aquí contenida corresponden a antecedentes de un estudio mayor denominado "Caracterización de la inserción laboral de mujeres aymaras. I Región de Tarapacá, Chile" (TEA/SERNAM; 1993).

mayor alfabetización, ya que la escolaridad fue al comienzo una necesidad principalmente masculina. Las mujeres sólo asistían algunos años, los suficientes para adquirir cierto manejo de la lectura y escritura del castellano y operaciones numéricas básicas. Por exigencia de los padres o producto de la incomunicación cultural que dificulta la relación con la escuela y los maestros, ellas dejaban tempranamente el estudio para dedicarse a las actividades productivas y domésticas.⁽⁴⁾

Sin embargo, como contrapartida, al estar menos expuestas a un sistema educacional "modernizante" y al asumir una mayor preponderancia en el espacio doméstico y local, las mujeres se convirtieron, especialmente las de mayor edad, en los principales agentes de conservación y reproducción de la cultura aymara, como agentes socializadoras a cargo de la formación temprana de los hijos y en el rol que siguieron desempeñando en la realización de las actividades productivas tradicionales.⁽⁵⁾

No obstante, aunque más tardíamente que los hombres, la mujer también comienza a participar en la demanda por modernización y mejoramiento de las condiciones de vida de la familia. De esta manera, las más jóvenes comienzan a tener mayor escolaridad, un mayor manejo con el exterior y a participar en los migraciones temporales a otros lugares, para conseguir dinero para satisfacer necesidades creadas o modificadas por la influencia de la "modernidad"⁽⁶⁾. Estos desplazamientos, además, comienzan a funcionar como etapas de acondicionamiento a la decisión futura de migrar definitivamente.

Asimismo, las mujeres aymaras también empiezan a participar de las migraciones definitivas cada vez más frecuentemente. Para las más jóvenes, que lo hacen solas y generalmente a las ciudades, este paso funciona como una especie de estadio útil para conseguir bienes o prepararse para el futuro matrimonio, el que pueden contraer volviendo al mismo sector rural o quedándose en la ciudad. Para las de más edad, que lo hacen normalmente casadas y de una manera escalonada, primero a otros sectores rurales más dinámicos y luego a las ciudades, la migración permanente funciona como una estrategia de mejoramiento de las condiciones de vida del grupo familiar.

3. Antecedentes generales de la Mujer Aymara Trabajadora⁽⁷⁾

Como se trata de procesos migratorios que adquieren fuerza sólo a partir de los años sesenta, no es raro que la mayor parte de las mujeres de origen aymara que en la actualidad trabajan remuneradamente hayan nacido y sido

criadas en las localidades rurales del interior, específicamente en los valles altos precordilleranos y en los sectores altiplánicos chilenos e, incluso, bolivianos. No obstante, también existe ya una proporción menor de mujeres que han nacido en ciudades, que forman parte de segundas generaciones de migrantes.

Dentro del proceso migratorio que la mayoría de ellas ha debido realizar, existe una clara direccionalidad hacia los sectores costeros ubicados dentro del mismo espacio geográfico de sus comunidades de origen. Generalmente, los desplazamientos no son directos hacia las ciudades, ya que se observa una migración escalonada, donde las localidades rurales económicamente dinámicas son puntos intermedios de acomodo hacia la instalación definitiva en las ciudades costeras.

De acuerdo a los resultados de una encuesta aplicada para este estudio, la edad media de las mujeres aymara que trabajan remuneradamente es de 35,2 años. Este promedio es menor entre las hijas de migrantes, es decir, de aquellas que han vivido toda su vida en las ciudades. A su vez, la edad media de inicio a la vida laboral remunerada permanente y activa es de 19 años, siendo menor entre las que trabajan en las áreas rurales dinámicas. El motivo declarado para emplearse es fundamentalmente económico, sea para conseguir ingresos para su grupo familiar o independizarse del hogar de origen.

La mayor parte de estas mujeres presenta un nivel educacional que no supera el ciclo básico de enseñanza. Esto se debe a que la mayor parte de las escuelas de las localidades rurales de las que provienen sólo ofrecen hasta sexto básico. Además, aún cuando la educación sea uno de los principales motivos de atracción migracional que presentan las ciudades, una vez en el medio urbano son muy pocas las que realizan estudios nocturnos, debido a que les es difícil compatibilizar el trabajo con la escuela por los horarios. Asimismo, existe la percepción que alcanzar un oficio supone grandes exigencias y sacrificio, no compensados con los bajos salarios que finalmente reciben al desempeñarlos.

La mayoría de estas mujeres tiene su propia familia. El tamaño de sus grupos familiares alcanza a una media de 4,8 miembros. Aún cuando el tipo de familia predominante es la nuclear, es posible encontrar una alta presencia de familias extensas (extendidas y compuestas), fundamentalmente en los sectores urbanos. Esta situación se puede entender como una estrategia de

inserción en un nuevo espacio, donde la ampliación de las familias permite solucionar problemas de vivienda y facilitar mecanismos de cooperación entre sus miembros.

Sólo poco más de la mitad de estas familias posee su propia casa. Es significativa la proporción de hogares sin vivienda, que deben arrendar, vivir como allegados u ocupar casas de terceros. Además, las viviendas pueden ser compartidas de manera permanente u ocasional con otros grupos familiares, con los cuales existen normalmente lazos parentales. Esta situación no es extraña, ya que una forma de generar ingresos es el subarrendamiento de habitaciones en sus casas o el alojamiento y alimentación a otros aymaras de paso o que están iniciando su vida en la ciudad.

Las viviendas de sus grupos familiares se ubican casi siempre en los barrios marginales de las ciudades, en áreas de tomas de terrenos y, últimamente, en sectores donde el Estado ha construido viviendas sociales. Es normal que, especialmente en el primer caso, exista una concentración de la población aymara urbana en determinados barrios y que, por tanto, las casas de estas mujeres se encuentren cercanas a los de otros parientes o personas provenientes de la misma localidad. Esta situación activa redes de solidaridad y apoyo que pueden favorecer la inserción laboral de la mujer, facilitando el cuidado de niños, sociedades o cooperación en el trabajo por cuenta propia o el cuidado de bienes y pertenencias en sus lugares de origen.

En el sector urbano, en la mayoría de los casos el estado de conservación de sus viviendas es regular y cuentan con los servicios básicos de luz eléctrica, agua y alcantarillado. La calidad de la vivienda y el acceso a servicios es más crítico entre las que trabajan en localidades rurales. El nivel de equipamiento de los hogares (muebles, artefactos electrodomésticos y electrónicos) es también regular en las ciudades y francamente malo fuera del espacio ciudadano, entre las mujeres que trabajan como jornaleras agrícolas.

La mayoría de estas mujeres no está inscrita en sistemas de salud. Las pocas que lo están son aquellas que trabajan de manera apatronada, que lo hacen preferentemente en FONASA. Esto origina una fuerte presión hacia la utilización de los servicios públicos de salud, por la gratuidad de su acceso y, particularmente, por la seguridad de la atención, especialmente en ocasión de partos.

4. Tipos de trabajo remunerado

Aparte de que presentan bajos niveles de escolaridad, la preparación para el trabajo remunerado es bastante escasa (con excepción de las jornaleras agrícolas, que se desempeñan en una actividad conocida). Son muy pocas las mujeres que han cursado estudios superiores universitarios o terminado sus estudios en establecimientos técnico-profesionales⁽⁸⁾. Por otra parte, la preparación informal para enfrentar ocupaciones fuera del espacio rural también es mínima (se trata preferentemente del aprendizaje de textilería tradicional, que reciben de parte de madres y/o abuelas). La capacitación formal también es escasa. Generalmente se trata de cursos de corta duración en Institutos, Centros de Formación Técnica, instituciones de apoyo a la mujer o en los mismos lugares de trabajo. Lo anterior explica que las ocupaciones que desempeñan, especialmente al inicio de su inserción laboral, sean aquellas que requieren de poca preparación y, por tanto, las peor remuneradas.

(8) Sólo un 19 % de las mujeres trabajadoras encuestadas había cursado o terminado estudios superiores o completado una carrera técnico-profesional en un liceo de educación media o instituto profesional. La gran mayoría de ellas (un 84,2 %) reside actualmente en las ciudades.

Es corriente que la primera ocupación sea la de empleada doméstica en las ciudades y la de obrera agrícola en el espacio rural. Esto también es válido para mujeres que han nacido en los lugares a los que migraron sus padres. No obstante, en este último caso, la presencia de estudios técnicos o superiores puede hacer variar esta situación, agregándose otros tipos de empleos (como operarias textiles, vendedoras u otros).

El empleo doméstico es poco viable para las mujeres casadas, ya que las tareas domésticas de su propio hogar no son compatibles con las exigencias horarias de este trabajo. Las jóvenes solteras, por el contrario, ven en este tipo de empleo una buena estrategia para la consecución temporal de dinero. De hecho, este tipo de trabajo lo realizan principalmente entre los 14 y 20 años, siendo aún solteras. Además de la motivación meramente económica, entre las jóvenes migrantes es posible encontrar aquí una estrategia de “modernización”, una forma de adquirir conocimientos de la ciudad, de labores domésticas diferentes, del aprendizaje de nuevas formas de vida, de mejorar su castellano, de conocer nuevas formas de relaciones sociales, etc.

Esta estrategia coincide con un estadio especial de su ciclo de vida, que dice relación con una semiautonomía del núcleo familiar; con una etapa en que ellas deben generar formas de acceder a su “ajuar” y preparación para el matrimonio, que considera el entrenamiento y capacitación personal, la adquisición de bienes de consumo (ropa, vajilla doméstica, tejidos, etc.) y el

reunir dinero. Por este motivo, es común que las jóvenes trabajen por un año o meses, retornen a sus hogares por algún tiempo y vuelvan a salir. En este tránsito pueden contraer matrimonio, lo que hace que el circuito se corte para dedicarse a su hogar, al menos por un tiempo.

Normalmente, las jóvenes aymara no están entrenadas en el manejo de aparatos domésticos, el tipo de aseo y cocina corrientes en un hogar urbano. No es raro, entonces, que muchas cumplan esta misma función en otros hogares de migrantes aymaras (recibiendo como retribución, por lo general, techo y comida) o entre familias de estratos medios bajos de la ciudad menos exigentes (por salarios más bajos). Este puede ser considerado como un paso previo a la búsqueda del mismo empleo en familias de estratos socioeconómicos superiores, donde el manejo es más complicado. La inestabilidad laboral presente en este período facilita una inserción laboral mal remunerada, sin contrato y carente de los beneficios de la previsión social.

Otros tipos frecuentes de primer empleo urbano son los de operarias textiles y vendedoras o dependientas de tiendas o almacenes. Sin embargo, este tipo de trabajo está directamente asociado a migrantes jóvenes de segunda generación, que han alcanzado mayores niveles educacionales o el término de alguna carrera técnica. En este tipo de empleos cuentan con contrato y beneficios sociales. No obstante, aunque los salarios son comparativamente más altos que los de una empleada doméstica o una jornalera agrícola, deben trabajar una gran cantidad de horas para reunirlos. Además, es frecuente que, por reducciones de personal, transiten entre períodos de cesantía y empleo. No es raro que entre este tipo de mujeres exista la percepción de que no existe una relación satisfactoria entre estudios y preparación y resultados del empleo.

Existe también una pequeña proporción de hijas de migrantes que han alcanzado una carrera profesional. Aunque pueden darse otras profesiones, en su mayoría se trata de profesoras, contadoras o secretarias que se desempeñan en el medio urbano. Algunas de ellas forman parte de un segmento de jóvenes aymaras que han creado agrupaciones culturales urbanas que han liderado el movimiento étnico en el norte de Chile. No obstante, la visibilidad del componente femenino en este movimiento es, al menos hasta ahora, muy baja.

El asalaramiento agrícola en las localidades rurales se activa generalmente durante los períodos de siembra y cosecha. Las características de las mujeres

que acceden a este tipo de empleo varía según se trate de los valles cercanos a los centros urbanos o de aquellos ubicados en zonas más altas o interiores. En los primeros (como Azapa y LLuta) se observa una fuerte presencia de mujeres jóvenes, que reconocen en esta actividad sólo una alternativa momentánea de ingresos; en los segundos (como Camiña y Pica), en cambio, aparece con mayor fuerza la presencia de mujeres de más edad, en compañía de su propio grupo familiar, que si bien pueden ser medieras de una pequeña porción de tierra, se asalarían permanentemente, siguiendo todo el proceso productivo agrícola anual (preparación, siembra, cosecha de distintas especies), dado que cuentan con escasos recursos.

Debido a que el trabajo de jornalera agrícola no difiere en lo sustancial de lo que habitualmente han hecho en sus comunidades de origen, la inserción laboral de las mujeres es menos dificultosa en términos de preparación. Sin embargo, están sujetas a fuertes relaciones de explotación que se manifiestan en la ausencia de contratos y beneficios sociales, gran carga de trabajo y bajos salarios. Asimismo, si bien el estilo de vida no varía en lo fundamental, pueden sufrir la discriminación de la población mestiza residente, que proyecta en ellas estereotipos negativos acerca de la condición indígena, aún cuando esta situación se atempera en lugares donde existe una mayor profundidad histórica del contacto y conocimiento de la vestimenta y comportamiento del campesino más tradicional proveniente del altiplano.

Entre las mujeres que continúan en la ciudad, después de cierto tiempo de socialización con el medio ciudadano, es común que dejen de trabajar como empleadas domésticas cama adentro, para hacerlo puertas afuera o intentar buscar otro tipo de trabajos u ocupaciones independientes por cuenta propia.

Son pocas las que siguen trabajando de asesoras del hogar puertas adentro, pues la rigidez y excesividad horaria les permite sólo algunos días libres al mes para visitar parientes y amigas, asistir a ciertos lugares de paseo o diversión de alta concentración de jóvenes aymaras, como los terminales agropecuarios, plazas y fiestas con música andina que se realizan todos los fines de semana. De esta manera, después de un período, es normal que busquen trabajo puertas afuera, arrendando piezas junto con otras amigas de su misma condición, generalmente en casa de otras familias aymaras que han migrado con anterioridad.

En el sector urbano, las causas más frecuentes de abandono del empleo tiene que ver con el matrimonio o el embarazo (en un 36,4% de los casos), con la cancelación por parte del empleador (en un 16,3%) o de la propia mujer (en un 15,5%) para buscar una mejor oportunidad. En las localidades rurales, aunque se mantienen los mismos motivos, ellos tienen una incidencia distinta, ya que la principal causal es el finiquito patronal (en un 41,3% de los casos, por término del ciclo o el período agrícola para el que fueron contratadas), siguiéndole en importancia la búsqueda de nuevas oportunidades (en un 37,0%, que puede incluir el traslado a la ciudad) y, a mayor distancia, el matrimonio o el embarazo (en un 17,4%), ya que normalmente se trata de mujeres casadas.

En general, el abandono de la actividad laboral remunerada, especialmente la apatronada, por motivos matrimoniales o embarazo es una constante entre las mujeres aymara. El inicio de la vida conyugal o de madre supone también normalmente la interrupción de la trayectoria laboral de la mujer, al menos por el tiempo suficiente para criar a sus hijos hasta que alcancen la edad escolar. En este período, dependiendo de la situación económica de la familia, algunas también pueden realizar trabajos ocasionales por cuenta propia en sus hogares (generalmente el lavado de ropa).

Cuando la mujer reinicia su vida laboral remunerada, por lo común intentará ocuparse en actividades por cuenta propia, relacionadas con el comercio en las ciudades y la agricultura en las localidades rurales. No obstante, ello dependerá si las condiciones económicas generales del grupo familiar han permitido el ahorro del capital suficiente como para iniciarlas, que incluyen el pago de un local y mercaderías en las ciudades o la posibilidad de comprar o cancelar rentas por un pedazo de tierra en el campo.

La actividad comercial por cuenta propia en los sectores urbanos tiene que ver mayoritariamente con la venta de productos agropecuarios en los terminales agrícolas de las ciudades de Arica e Iquique. Este tipo de ocupación es muy bien considerado por las mujeres aymaras porque, aparte de generar ingresos relativamente aceptables, constituye un trabajo independiente y con menos exigencias, lo que les permite cierta flexibilidad para compatibilizarlo con otras tareas hogareñas. Además, porque las acerca a actividades que ellas ya conocen (comercio fronterizo, ventas en valles, ventas de artesanía, etc.).

A diferencia del trabajo apatronado, las actividades por cuenta propia permiten un enfrentamiento familiar al trabajo. Es decir, la mujer no está sola, sino acompañada de otros miembros de su hogar. En cierta medida, reproducen en el medio urbano, las estrategias de complementación laboral-familiar que suponen las economías campesinas en el medio rural. La mayor flexibilidad de un trabajo que se encara familiarmente, permite no sólo compatibilizarlo con sus tareas domésticas, sino también con la mantención de bienes y pertenencias y la asistencia a festividades en sus comunidades de origen. El trabajo por cuenta propia permite, entonces, la reproducción cultural de la tradición del trabajo familiar campesino y la mantención de actividades y costumbres tradicionales de sus comunidades de origen.

(9) La mantención de espacios de relacionamiento entre aymaras y la reproducción de estrategias culturales es importante si se considera que el deterioro cultural en ambientes urbanos está siempre latente. En el caso de la lengua, la mitad de estas mujeres dijo no entender ni hablar aymara, pérdida que se acentúa entre las más jóvenes que han vivido en las ciudades. En el aspecto religioso, la mayoría profesa lo que se denomina “catolicismo andino”; pero no es despreciable el número de protestantes, condición que afecta la asistencia a fiestas o costumbres tradicionales, una práctica común entre los migrantes. En general, las visitas o relaciones que mantienen con sus comunidades de origen van disminuyendo en la segunda generación de migrantes. Este tipo de relaciones pueden ser de carácter parental y/o económico, producto de la existencia de derechos a pastales, chacras de cultivo y, en mayor proporción, por la permanencia de animales.

El mundo de las ferias y terminales agrícolas es, por lo demás, bastante particular ya que en él participan mayoritariamente personas de origen aymara. Lo mismo puede decirse, en gran medida, de pequeños almacenes en barriadas con alta proporción de migrantes de ese origen. En ambos casos, y particularmente en el primero, las actividades laborales se desarrollan entre personas del mismo pueblo, donde las mujeres encuentran signos y símbolos culturales conocidos, pasando por el lenguaje, el tipo de vestimenta y llegando a la solidaridad grupal.⁽⁹⁾

De todas maneras, algunas mujeres no pueden realizar actividades por cuenta propia y, al reiniciar la trayectoria laboral, deben buscar empleos apatronados. En general, se observa una tendencia a emplearse en ocupaciones donde tienen ya algún nivel de experiencia o habilidad (como cocineras o “rederas”), generalmente en espacios donde existen otras mujeres del mismo origen o son copados por personas del mismo origen (como cocinerías, restaurantes o puestos de terminales agropecuarias). A pesar del ambiente conocido, sufren de inestabilidad laboral, recarga horaria y bajos salarios.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La población rural se ha estabilizado desde hace ya tiempo en cifras constantes. Esto indica que el excedente poblacional seguirá migrando en dirección a la costa y que, por tanto, constinuará la inserción de mujeres jóvenes en el trabajo de empleadas domésticas en las ciudades y de las de más edad como jornaleras agrícolas en localidades rurales más dinámicas. Asimismo, dada la alta proporción de aymaras instalados en las ciudades, las mujeres de segunda generación incorporadas al trabajo remunerado serán

cada día más, forzadas por la situación de pobreza de sus grupos familiares o por sus deseos de independencia económica.

La incorporación femenina aymara al mercado de trabajo ya no constituye una alternativa momentánea en períodos de crisis. Por el contrario, está ligada a las actuales estrategias familiares de consecución de ingresos (en algunos casos complementarios con la producción campesina). Esto se verifica no sólo en la importancia de las actividades por cuenta propia, sino también en la alta significación del aporte de la mujer al hogar (un 46,8% de las entradas familiares totales de los casos entrevistados).

BIBLIOGRAFÍA

- Arizpe, Lourdes. Las mujeres campesinas y la crisis agraria en América Latina. En: Estudios sobre la Mujer: Problemas Teóricos. Nueva Antropología, Vol VIII, N° 30; México, 1986.
- Carrasco, Ana María. Mujeres aymara y trabajo remunerado. En: Temas Regionales. Corporación Norte Grande. Año 1, pp. 3041; Arica, 1994.
- Gavilán, Vivian. Resultados de Investigación: La mujer aymara y la migración altiplano-valle/ciudad. Programa de Investigaciones Regionales. Taller de Estudios Andinos; Arica, 1989.
- González H. y Gundermann H. Campesinos y Aymaras en el Norte de Chile. Taller de Estudios Andinos (TEA); Arica, 1991.
- González H., Gundermann H y Rojas R. Diagnóstico y estrategia de desarrollo campesino en la I Región de Tarapacá. Ediciones Corporación Norte Grande; Arica, 1993.
- Gundermann, H. Antecedentes Socio-lingüísticos de la Lengua Aymara en el Norte de Chile. Taller de Estudios Andinos. Serie Documentos de Trabajo; Arica, 1989.
- Gundermann H. y Chipana C. Antecedentes sobre la familia aymara y su rol de socialización en un proceso de Aculturación. Universidad de Tarapacá y Fundación Interamericana; Arica, 1986.
- Guzmán V. y Portocarrero P. Una nueva mirada. Crisis, mercado de trabajo e identidad de género. Ediciones Flora Tristán, Centro de la Mujer Peruana; Lima, 1989.
- Instituto Nacional de Estadísticas. XVI Censo Nacional de Población y V de Vivienda. Resultados oficiales Censo de Población 1992. Santiago, 1993.

- Montecino, Sonia. Transformación y Conservación Cultural en la Migración Mapuche Urbano. En: Revista Rulpa Dungun N° 7. CEDEM; Santiago, 1990.
- Muñoz, Adriana. Fuerza de Trabajo Femenina: Evolución y Tendencias” En: Mundo de Mujer. Continuidad y Cambio. CEM; Santiago, 1988.
- TEA/SERNAM. Caracterización de la inserción laboral de mujeres aymaras. I Región de Tarapacá; Arica, 1993.
- UNICEF. Participación Económica y Social de la Mujer Peruana. Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF); Lima, 1981.
- Van Kessel, Juan. Los Aymaras contemporáneos de Chile (1879-1985). Su historia social. Centro de Investigaciones de la Realidad del Norte (CIREN), Cuadernos de Investigación Social, N° 16; Iquique, 1985.